



Distirak#4
Leire Aranberri
Distancia Karaoke que llora

Si una mañana de abril,
soleada y calurosa, descoloca
todavía lo hace más alejarse de ella
entrar en AZ
comer chino en *El león de oro*
y regresar, ya tarde,
a una ciudad violentada por la desesperación del fútbol.

Para cerrar el día nos tomamos unas latas cerca de la ría. Venimos del Lantalde#4, encuentro organizado por KINU con Andrés Duque como artista invitado. Estamos en el muelle, hablamos del taller y buscamos palabras para definir el último ejercicio. S. dice que ha llorado; I. dice que quien consiguiera efectuarlo sería eliminado de cualquier entorno social; A. dice que está muy enfadado.

Andrés nos propuso un ejercicio en el que, durante una hora, cada acción que hiciéramos tuviera que estar precedida por un pensamiento que la definiese. Esta propuesta, que divide y subordina las partes que componen cada movimiento, divide a su vez el taller en dos tras toda una mañana hablando de unidad, trascendencia y universalidad.

Tras un par de intentos iniciales —en los que el pensamiento o bien se pavonea ordenando acciones suicidas como «vuela», o bien se esconde tras una respiración que ya ha sucedido—, caigo en la imposibilidad del ejercicio; me pregunto cuál será la mentira que este ejercicio promete y si podremos convivir juntas.

Para intentarlo, acudo al comodín de una lectura reciente sobre la teoría del paralelismo de Spinoza. En ella, el autor defiende una clara autonomía entre «el pensamiento y la extensión/cuerpo» no solo negando cualquier relación de causalidad entre ambos, sino negando toda primacía de uno sobre el otro. Defiende que todo lo que sucede en el pensamiento sucede simultáneamente en el cuerpo y viceversa, sin *delay*. La única correspondencia entre ambos será la conciencia del otro en el modo de él mismo. En otras palabras, el pensamiento tendrá una idea de lo que es el cuerpo y el cuerpo una sensación de lo que es el pensamiento¹.

Esta teoría me ayuda a introducirme en la tarea; me parece que me convence lo suficiente para que, antes que nada, acepte la distancia que el ejercicio busca reducir.

Muchas tenemos los ojos abiertos y a veces nos miramos. Hay bastante más que metro y medio entre nosotras; y me parece que estamos en una sala enorme, llena de distancia. Hay algo de monstruoso en este ejercicio.

Recuerdo la mirada de terror de las amigas que alguna vez me hablaron de la parálisis del sueño. Son esas noches en las que despiertan atrapadas en, y sin respuesta alguna de, un cuerpo todavía dormido. La explicación científica de este suceso², se basa en la disociación que sucede entre cuerpo y cerebro durante la fase REM. Esta fase del sueño se caracteriza por la agitación ocular, respiración acelerada y los sueños vívidos; y para protegerse de posibles golpes y caídas en respuesta a esos sueños, el cuerpo se desconecta del cerebro. Por ello, si hay un despertar brusco, el cuerpo, cansado, se mantiene profundamente relajado.

Y, en efecto, algunas participantes estaban profundamente relajadas; quizás habían encontrado la mentira del ejercicio. Las más aterrorizadas, en cambio, parecíamos algo así como sujetos dueños de sí mismos, robots mal engrasados.

¿Podría esa distancia entre orden y ejecución ser la misma que tomemos respecto a la veracidad del ejercicio? ¿Podremos ser tanto el objeto de su propuesta, como lo será ella de nuestra subordinación?

Desde luego para tomar un mínimo de posición respecto a una propuesta imposible, hay que tomar distancia. Como en el mejor autovoyeurismo, en el que una se da más placer del que recibe; o en la vergüenza más pegajosa, donde el par se choca; la distancia da el gran placer de no ser el otro, pues así, cada uno de nosotros tiene *dos*.

¹ Deleuze G. (1984). *Spinoza: filosofía práctica*. (5ª ed.). Tusquets editores.

² Jalal B., Ramnachandran V.S. (2017). Sleep Paralysis, “The Ghostly Bedroom Intruder” and Out-of-Body Experiences: The Role of Mirror Neurons. *Frontier*. Recuperado de <https://www.frontiersin.org/articles/10.3389/fnhum.2017.00092/full>

Si ese paralelismo del que habla Spinoza,
tan amplio y prefijado,
chocase eventualmente con otra autopista,
tan paralela como la nuestra,
quedaríamos marcados con el sello de nuestra propia dirección,
que por muy doble
bien dura que es